

Cuentos que entusiasmaron a Sabato, o las tribulaciones del traductor como lector

José A. Tapia Granados*

Que Ernesto Sabato es uno de los escritores más destacados del siglo XX en el mundo hispanohablante no es opinión que suscite mucha discusión, pero, a juicio de algunos, Sabato es también uno de los escritores mayores de la literatura moderna mundial, sin nada que envidiar a premios Nobel como Thomas Mann o Albert Camus. La trilogía de obras de ficción de Sabato —*El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abbadón el exterminador*— es un testimonio inmenso de las incertidumbres y las tragedias de nuestro tiempo, tal y como afectan a la gente común y al artista que las toma como materia prima para su obra. Son obras que revelan la maestría de Sabato para penetrar en las profundidades de la conciencia y para crear mundos ficticios en los que el lector se hunde más y más en la vida interna de los personajes. Por casualidad leí *El túnel* poco después de haber acabado la *Introducción a la psiquiatría*, de Carlos Castilla del Pino, y recuerdo que pensé que en las páginas de ese pequeño libro podrían probablemente encontrarse excelentes ejemplos de cada uno de los tipos de juicios (predelirema, delirema tipo I y II y cosas similares los llama Castilla del Pino) que desde la racionalidad a la psicosis cubren todo el espectro que va desde la razón a la locura. *El túnel* nos lleva en pocas páginas desde los juicios exagerados y paranoicos del pensamiento del protagonista, azuzado por la pasión, a las afirmaciones irracionales del loco, seguro en su insania de poseer la verdad. En *Sobre héroes y tumbas*, los temas vitales del hombre en su relación con los demás seres humanos y con la sociedad en general son magistralmente ilustrados por tres personajes, Martín, Alejandra y Fernando, a través de cuyas relaciones entramos a un mundo en el que las pequeñas y las grandes miserias y alegrías de lo normal y lo cotidiano se funden con las visiones fantasmales y siniestras que acechan en lo profundo. Con *Abbadón el exterminador*, Sabato cerró su trilogía casi saltando fuera de la ficción.

Pero Sabato no se limitó a darnos esa estupenda trilogía de obras de ficción. Produjo también un puñado de ensayos de enorme interés para quien quiera ir a la esencia de las cosas y no se conforme con las opiniones comunes o los juicios sostenidos por la costumbre o la fuerza de los poderosos. En *Uno y el universo*, en *Heterodoxia* y en *Hombres y engranajes*, Sabato entró a fondo en los grandes temas del siglo XX: la guerra como enemigo máximo de la humanidad, el fascismo, el comunismo, la democracia, la problemática relación entre la ciencia y el humanismo, la contraposición entre la afirmación individual y la colectiva... También dejó ahí y en *El escritor y sus fantasmas* reflexiones de gran interés sobre eso que es la materia prima con la que trabajan el escritor, el traductor, el periodista y todo el que se expresa mediante la palabra escrita: el lenguaje. Nunca me cansaré de recomendar a todo el que

tenga interés en la lengua esos breves pero agudísimos comentarios de Sabato en *Heterodoxia* sobre los diccionarios, el buen uso gramatical, el prestigio de la oscuridad, las lenguas hegemónicas y otros tantos temas que tocan de lleno la labor de quien usa la palabra escrita. Y para quien esté interesado en los entresijos de la literatura argentina, latinoamericana y universal, nada más recomendable que ese libro de *Diálogos Borges-Sabato* compaginados por Orlando Barone. En el *Informe de la Conadep*, la labor de Sabato fue dar forma a los trágicos relatos de quienes habían sufrido la barbarie de la dictadura militar que en los años setenta y ochenta sumió a su país en la ruina y la abyección.

Sabato, que nació en 1911 y ya está por tanto cerca de la edad centenaria, produjo en años recientes *La resistencia* y *Antes del fin*, dos pequeños testimonios de que su edad avanzada no es óbice para que siga transmitiéndonos una emoción inmensa y un calor humano inundado de simpatía por los desheredados y los que quedan al margen de la prosperidad y el progreso.

Hace varios años la editorial Planeta publicó dos tomos titulados *Cuentos que me apasionaron*, en cuyas cubiertas, usando el viejo truco de los vendedores de dar gato por liebre, se hace constar el nombre de Ernesto Sabato en letras prominentes, lo que a más de un consumidor poco avisado de las engañosas del mundo editorial habrá llevado a pensar que se trata de un libro «de» Sabato. Luego, ya en el interior de estos dos volúmenes, el lector podrá comprobar que de Ernesto Sabato solo son la selección y los prólogos, «en colaboración con Elvira González Fraga».

Cuando se ha sido traductor y se leen traducciones, es casi imposible no estar de entrada más o menos «en guardia» frente a las traducciones de otros, actitud que unas veces desaparece tras unas pocas páginas que inspiran confianza, pero que otras veces se refuerza cuando lo que se lee «suena raro» de alguna manera. Esto último es lo que me pasó al leer en esta antología «La casa de muñecas», cuento de la neozelandesa Katherine Mansfield del que procede este fragmento:

De modo que las niñas eran hijas de una lavandera y de un preso [...]. Y tenían aspecto de ser lo que eran. Era difícil entender por qué la señora Kelvey las hacía tan *conspicuas*. La verdad es que las vestía con «prendas» que le regalaban las personas para las cuales trabajaba. Lil, por ejemplo, que era una chica robusta y fea, con grandes pecas, iba a la escuela con un vestido hecho con una sarga verde de una *carpeta* de la casa de los Burnel, con mangas de pana roja de las cortinas de los Logan.

* Universidad de Michigan, Ann Arbor (Michigan, EE. UU.). Dirección para correspondencia: jatapia@umich.edu.

Al leer esto pensé que esas tres palabras que he marcado en el pasaje en cursiva eran fruto de una mala traducción, demasiado literal: *conspicuas*, probablemente del inglés *conspicuous*; y *carpeta*, probablemente de *carpet*, o sea, alfombra. También me parecían sospechosas esas *prendas* entrecorridas en el texto. Un cotejo con el original inglés de «La casa de muñecas» (*The Doll's House*) que puede hallarse fácilmente —como cada vez más cosas— en Internet, hizo que confirmara mi primera sospecha sobre *conspicuas* («Why Mrs. Kelvey made them so conspicuous was hard to understand» es lo que dice el original), pero no la segunda sospecha sobre *carpeta*, ya que en el original no hay ningún *carpet*. La carpeta de la versión traducida es *table-cloth* en el original de Mansfield: «Lil, for instance, who was a stout, plain child, with big freckles, came to school in a dress made from a green art-serge table-cloth of the Burnells', with red plush sleeves from the Logans' curtains». Sin duda, *mantel* sería una mejor traducción de *table-cloth* en este contexto, pero al parecer *carpeta* puede significar paño o cuero que se pone sobre las mesas. Al menos eso dice María Moliner en su diccionario, que hace ya un cuarto de siglo daba como anticuada esa acepción de *carpeta*. Las *prendas* de la traducción eran *bis* en el original. En definitiva, lo que Katherine Mansfield quería decir es que la vestimenta de las muchachuelas en cuestión llamaba poderosamente la atención, ya que iban vestidas «a trozos» con lo que la señora Kelvey recibía de la gente para la que trabajaba. Traducir *a stout, plain child*, por «una chica robusta y fea» parece demasiado duro, y tampoco parece que *pana* sea una buena traducción de *plush*. Más bien habría que decir, por ejemplo, que Lil, una niña robusta y sen-

cilla, iba a la escuela con un vestido hecho con tela de sarga verde del mantel de los Burnell, con mangas de felpa roja de las cortinas de los Logan.

Algunos de los cuentos de esta antología nos llegan en traducciones que no parecen demasiado buenas. «Encender un fuego», de Jack London, es a mi juicio el mejor cuento de esta colección. Su traducción me pareció excelente, y me sorprendió que sea precisamente de Nora Dottori, de quien es también la traducción de «La casa de muñecas», que ya comenté. Otros dos cuentos estupendos de la colección son el famosísimo «El traje nuevo del emperador», del danés Hans Christian Andersen, y «La balanza de los Balek», del alemán Heinrich Böll. Ambos aparecen en estos volúmenes sin indicación de la fuente de la que están tomados, y no hay referencia alguna a los traductores, que tampoco se mencionan ni en «Ante la ley», de Franz Kafka, ni en «Noches blancas», de Dostoyevsky. En el cuento de Heinrich Böll se encuentra un horrendo atentado contra nuestra lengua, la horrorosa frase «... y de repente *hechóse* a llorar» (la cursiva, claro, añadida por mí). En otro lugar del libro aparece el barbarismo *undieron*.

En definitiva, esta estupenda antología está lastrada por una penosa edición que deja mucho que desear en lo que se refiere a regularidad de las traducciones, información sobre ediciones originales y traductores y, sobre todo, la labor de corrección tipográfica, que ha pasado por alto tremendas faltas de ortografía. Esas lacras hacen difícilmente recomendable esta colección de cuentos, por otra parte seleccionados y prologados con excelente criterio por uno de los gigantes de la literatura en habla hispana.

